CAPÍTULO I

Una difícil misión



speraban con ansias e ilusión la llegada del helicóptero. Por fin el momento tan deseado estaba por realizarse: su salvación. Todos abrazados y felices veían cómo iba acercándose el helicóptero con los padres en la cabina, que les hacían grandes saludos. No lo podían creer.

En medio de fuertes ruidos producidos por las hélices y las ráfagas de viento en ese lugar montañoso, el olor salvaje de las plantas era envolvedor.

De pronto una poderosa humareda los cubrió, con una luz intensa que los enceguecía. No entendían lo que les sucedía. Veían que las alas del helicóptero se transformaban, pero no lograban visualizar lo que estaba sucediendo, percibían todo borroso, por esta polvareda que se había levantado. Escuchaban una voz que decía: "Suban, suban, que no hay peligro".

Confiados de su salvación, se impulsaron para ser rescatados en medio de las luces que los enceguecían y con los fuertes vientos que los arrastraban. Ellos estiraban sus manos para ser rescatados y sentían, curiosamente, algo demasiado suave al otro lado que los acogía.

- --: Papá, agárrame fuerte que me caigo! --- gritaba Roberto.
- —¡Sujétense bien! —ordenaba el papá de Roberto —. ¡Pónganse todos juntos para ir subiéndolos!
- —¡Aquí estamos! ¡Ya no se preocupen! —los animaban los demás integrantes de la nave.

Sintieron algo extraño, ráfagas de aire en el rostro y calidez en la superficie como si una alfombra voladora los elevara al cielo y tenían que hacer equilibrio para no caer.

- —¡Cuidado, nos estamos desbalanceando! —exclamaba Roberto.
 - -: Agarren a mi Calé que sus patas están volando!
- —¡No veo nada! ¡Démonos las manos! —asustada decía Mariòn.

De un momento a otro se despejó la bruma que los envolvía y se dieron cuenta, con enorme sorpresa, que no estaban en el helicóptero. La nave simplemente había desaparecido y un enorme resplandor se expandía por el cielo.

- —¡No puede ser, estamos volando!
- —¡Imposible! ¡Dónde está el helicóptero con nuestros padres!
- —¡¿Qué ha pasado?!
- —Lo último que escuché fue una voz que nos ordenaba subir.
 - —Yo también la escuché. ¿De dónde habrá venido?
 - -Entonces, ¿sobre qué estamos? ¿Y estos reflejos?
- —¡AAAAYYYYYY! —gritaron todos al sentir un vacío de aire.

El grupo trató de mantener la calma, sujetándose entre ellos y buscando dónde agarrarse para no caer. Una voz ajena y solemne los tranquilizó:

—Aquí pueden estar seguros.

Enseguida ascendieron a mayor altura, rápidamente, hasta encontrar un cielo abierto, de un azul intenso. Recién entonces sintieron una sensación de calma.

- —No puede ser, ¿estaremos soñando?
- —¿Todos en un mismo sueño?

Se miraban unos a otros, con miedo pero a la vez maravillados. Ahí se encontraban, volando al infinito, a miles de kilómetros de distancia de donde acababan de estar hacía tan solo unos segundos. Al mirar hacia abajo sentían vértigo, estaban atónitos de lo impresionante que era volar sobre gigantes colchones de nubes que aparecían y desaparecían.

En medio de esta maravillosa confusión, José preguntó:

- —Chicos, ¿ustedes se han dado cuenta sobre qué estamos volando?
 - —¡Ni idea, pero es algo muy confortable!
- —¡Parecen plumas, son inmensas! ¡Miren a Calé lo cómodo que está!
 - —¡¿Será un pájaro gigantesco?!
 - -: Estás loco, cómo va a ser un pájaro si ha hablado!
- —¡Es un pájaro fantástico! —exclamó José, que es el único que se había dado cuenta—¡Un cóndor de las alturas!

Todos despertaron de pronto y se dieron con la realidad.

Pegaron de gritos: "¡Ay, un cóndor gigante! ¡Y con estos resplandores!" "¡No puede ser!" "¡¿A dónde nos llevará?!". Hasta que Paulo hizo la pregunta más trascendente:

—¿Y nuestros padres dónde estarán? ¿El helicóptero no puede haberse convertido... ¡en este gigantesco cóndor brillante!?

Se produjo un largo silencio y con movimiento majestuoso, habló el extraño cóndor:

- —No están soñando. Yo soy un Cóndor Plateado y formo parte de un remoto imperio, y ustedes han sido los elegidos para una misión y yo seré su guía.
- —Misión, qué misión —repetía Paulo, golpeándose la cabeza como para despertar.
 - —He dicho que no están soñando. Crean en mí y escuchen bien. Todos se quedaron mudos, ninguno replicó.
- —La misión que les han encomendado es muy importante. Presten atención. Existe una antigua ciudad llamada el Imperio de Los Cóndores Plateados, situada aquí hace miles de años. En la antigüedad, nuestros antepasados tenían un poder maravilloso: comunicarse con los humanos.
 - —Como lo haces tú ahora —afirmó José.
- —Exactamente. Sólo yo, porque ningún otro Cóndor Plateado puede comunicarse con los humanos ahora. Yo tengo el privilegio, porque en el pasado tuve el honor de cumplir una misión muy importante a favor del imperio. Y ahora ustedes tienen esa misma misión.

- —¡Por qué nosotros? Cuéntanos más... —reclamó Roberto.
- —Porque ustedes ahora poseen el medallón.

Todos vuelven a mirar a José, con admiración y conmovidos, quien aprieta el medallón sobre su pecho. El Cóndor Plateado continúa su mensaje:

- —En aquel entonces el mundo animal no quería que nosotros fuéramos la raza superior de la naturaleza andina y nos echaron una maldición. Invocaron a los malos espíritus para que enviara una lluvia de meteoritos que destruyera el Imperio y acabara con la especie. Así sucedió, pero uno de los jefes logró escapar con el medallón.
- —¿El que escapó eres tú? —preguntó asombrado José—Y... ¿este es el medallón?
- —Ese jefe soy yo y lo que tú llevas en el pecho es la única llave mágica para recuperar el imperio.
 - -¿Cómo perdiste el medallón? preguntó José.
- —Se me cayó mientras escapaba por los aires. Huía del ataque enemigo.
 - —;Quiénes son ellos?
- —Unas bestias que siempre están alertas, las temidas Fuerzas Malignas. Deberán tener mucho cuidado porque tienen apariencias hechizadas. Su primera misión consistirá en encontrar unas mágicas cataratas y lo único que puedo decirles, es que están a dos días de camino.
- —Bestias, hechizos, cataratas mágicas... —murmuró Roberto y preguntó tembloroso—: ¿De qué nos hablas?

— Pronto lo sabrán. Sólo puedo decirles que aquí empieza su difícil misión —y extendió su majestuosa ala, dejándolos sobre una fría superficie.

Súbitamente y en medio de un fogonazo de luz resplandeciente, el Cóndor Plateado desapareció y ellos se encontraron desamparados en un lugar desconocido.

—¿Será verdad lo que hemos vivido? —preguntó Cristina incrédula.

Nadie tenía respuesta a lo que les había pasado y permanecieron en silencio. Lo que cada uno sentía dentro era una voz que les repetía: "Tenemos una misión. Hay que hacerla". Los cinco se miraron y con la sola mirada supieron que tenían algo muy importante que cumplir.

Rodeados de una cadena de montañas, envuelta por un mar de nubes, donde los había dejado el Cóndor Plateado, los chicos se sentían flotar sobre el infinito.